

Política, afectos e identidades en América Latina

LUCIANA ANAPIOS Y
CLAUDIA HAMMERSCHMIDT
(Coords.)



Política, afectos e identidades en América Latina

Política, afectos e identidades en América Latina / Anna Hickey-Moody ... [et al.]; coordinación general de Luciana Anapíos; Claudia Hammerschmidt. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; Guadalajara: CALAS; San Martín: UNSAM; Jena: Universität Jena; Alemania: Bundesministerium für Bildung und Forschung, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-117-7

1. Política. 2. América Latina. I. Hickey-Moody, Anna II. Anapíos, Luciana, coord. III. Hammerschmidt, Claudia, coord.

CDD 320

Otros descriptores asignados por CLACSO:
Afecto / Identidad / Política / Giro afectivo / Teoría queer /
Feminismos / Emociones / Público / Privado

Corrección: Marcela Alemandi

Diseño de tapa: Ezequiel Cafaro

Diseño interior y maquetado: Eleonora Silva

Política, afectos e identidades en América Latina

Luciana Anapios
y Claudia Hammerschmidt
(Coords.)



GEFÖRDERT VOM





CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

Política, afectos e identidades en América Latina (Buenos Aires: CLACSO, febrero de 2022).

ISBN 978-987-813-117-7



CC BY-NC-ND 4.0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar |

www.clacso.org



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Introducción11

Luciana Anapios y Claudia Hammerschmidt

I. Reconfiguraciones afectivas de la identidad

La política afectiva de la fe23

Anna Hickey-Moody

Comunidades geográficas de pertenencia.

Interrogaciones y aportes que el nuevo materialismo trae consigo.

Comentarios a “La política afectiva de la fe”57

Silvia Grinberg

Afectos y emociones. Cuerpos y espacios en el ocio69

Gisela Paola Kaczan y Agustina González

Infancias “afectadas”. Los niños sobrevivientes en los procesos
de lesa humanidad y los sitios de memoria99

Mariana Eva Pérez y Ulrike Capdepón

Hijas desobedientes. Un uso justo de la vergüenza en la generación
pos-perpetradores en la Argentina131

Mariela Peller

Sobre la distinción entre afectos y emociones. Ventajas y limitaciones.....151
Mariela Solana

II. Reinenciones políticas en contextos de crisis

Las políticas de empoderamiento y la producción de afectos.
El caso del Programa Posadas Turísticas del Paraguay..... 165
Montserrat Fois

De credos y plegarias. Emociones e identidad política en los discursos
de Rodríguez Saá y Duhalde (Argentina, diciembre 2001-enero 2002)..... 185
Mariana Cané Pastorutti

Triunfalismo, derrota y crisis en Colombia.
Corolarios del “Plebiscito por la Paz” de 2016 209
Laura Bonilla Neira y Cristian Acosta Olaya

Duelo, gobierno y pandemia. Políticas del fantasma en México 227
Donovan Adrián Hernández Castellanos

Dinámicas de inclusión gerenciada en escuelas periféricas
de Buenos Aires y Córdoba. Identidades producidas y afectadas
en el cotidiano escolar 251
Cintia Schwamberger, María Cecilia Bocchio y Julieta Armella

La pandemia y los sindicatos: ¿un motor para repensar a largo plazo?
Desafíos y oportunidades para fortalecer la representación del trabajo 265
Tanja Petra Schindewolf

Bienestar emocional. La simplificación de la vida afectiva en el
paradigma hegemónico de la salud mental en tiempos pandémicos..... 283
Oliva López Sánchez

Pensamientos sobre el miedo y el cuidado.
El trabajo doméstico en la pandemia en Chile 305
Rosario Fernández Ossandón

III. Experiencias afectivizadas entre espacios íntimos y públicos

Trauma marica. El lugar de los afectos en el archivo sexo-disidente..... 317

Eduardo Mattio

De admiración, valentía, compañerismo y erotismo.

Huellas afectivas en los cruces entre trayectorias amorosas

y políticas de varones gays argentinos337

Maximiliano Marentes

¡MigrEmos! Emociones y migraciones en un mundo imago-céntrico.

Un estado del arte359

Laura Gherlone

“Darlo todo”. La entrega incondicional como componente fundante

del magisterio argentino y sus resonancias en el siglo XXI383

Ana Abramowski

Trabajo emocional y disonancias en las relaciones de pareja.

Desafíos teóricos y metodológicos..... 405

Zeyda Rodríguez Morales y Tania Rodríguez Salazar

Afectos, brasilidad y urbanidad. Una aproximación..... 429

Eliana Rosa de Queiroz Barbosa

Sobre los autores y autoras.....453

De credos y plegarias

Emociones e identidad política
en los discursos de Rodríguez Saá y Duhalde
(Argentina, diciembre 2001-enero 2002)

Mariana Cané Pastorutti

Introducción

Aunque las reflexiones sobre la imbricación entre lo político y las emociones, los afectos, las pasiones no son novedosas –como lo revelaría una lectura somera de los escritos de Thomas Hobbes o de Baruch Spinoza–, cabe recalcar que el debate ha tomado nuevos bríos en las últimas décadas. Por un lado, desde un enfoque anclado en el pensamiento postestructuralista, investigaciones como las de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (2010) han llamado la atención sobre el rol de la dimensión afectiva en los procesos de configuración de las identidades colectivas, Mouffe (1999, 2011, 2019) y, en el caso de Laclau (1996, 2000, 2009), más específicamente sobre los mecanismos de investidura libidinal de los significantes vacíos (cuyo análisis, en la última etapa de su obra, se volcó hacia una perspectiva arraigada en el psicoanálisis lacaniano). Por otro lado, desde ciertas corrientes del feminismo (especialmente las de la tercera ola, pero también

las de las teorías *queer*) el rol de los afectos y su vínculo con lo político ha sido abordado radicalizando y profundizando los postulados de aquella perspectiva posestructuralista, esto es, con foco en el cuestionamiento de los binarismos y en la condición contingente y discursiva de lo social, en general, y de las identidades, en particular (Butler, 1997, 2010, 2018). Finalmente, sobre y contra algunas de las premisas del posestructuralismo, en las últimas décadas el denominado “giro afectivo” ha reivindicado el papel de las emociones y los afectos en la vida pública, al tiempo que se ha propuesto redirigir algunas de las premisas de aquella corriente hacia el terreno de lo corporal y de lo material que se consideraba relegado (Macón, 2013). Teniendo en cuenta este recorrido que ha alimentado el debate respecto al estatuto público-político de lo afectivo, aquí nos interesa estudiar los discursos –en su condición de prácticas significantes, materiales y concretas– como lugares de disputa por el sentido de las emociones.

Por otro lado, y en relación con el tiempo/espacio de nuestro objeto de estudio, entendemos que las crisis políticas, sociales y económicas constituyen dislocaciones de los sentidos vigentes y, por ende, de las identificaciones y las emociones asociadas a ellos; de este modo, las crisis aparecen como coyunturas privilegiadas para el estudio del vínculo entre lo político, lo afectivo y lo identitario. En este sentido, la crisis de 2001 constituyó un proceso de desarticulación de los sentidos circulantes en torno a lo común de la comunidad y a sus lazos sociales constitutivos. Como señala Germán Pérez (2008, 2013), esta crisis implicó la desarticulación de vínculos sociales básicos como el dinero (con el surgimiento de pseudomonedas como los “patacones” y “lecop” y la proliferación de redes de trueque), la propiedad (en relación tanto a la confiscación de depósitos bancarios conocida como “corralito”, como a los saqueos a comercios) y la autoridad política (con el cuestionamiento a la implementación del estado de sitio y la incertidumbre que tiñó los procesos de conformación de los gobiernos posteriores a la renuncia de De la Rúa). En definitiva, entre los años 2001 y 2002 lo que estaba en mutación eran ciertos elementos definitorios de los límites comunitarios, es decir, aquellos consensos

(siempre precarios, limitados) sobre lo que se podía considerar legítimo en las definiciones públicas de lo común la comunidad (por caso, las políticas públicas y las instituciones a las que ellas daban forma –*e.g.* la convertibilidad– y el rol que “la política” y “los políticos” tenían en su definición).

Por un lado, creemos que la pregunta por las emociones debe ser colocada en el centro de las indagaciones en torno al periodo: tanto el enojo producto de los intereses afectados y el fervor de la acción de colectiva (“piquete y cacerola, la lucha es una sola”), como el miedo a la incertidumbre y la posterior demanda de orden fueron algunas de las caras más visibles de este complejo proceso de mutación. Por el otro, la del 2001 fue una crisis de la palabra política: la consagración del hiato entre representados y representantes tomó la forma de una crisis de representatividad en la que aquellos dejaron de creer en estos porque cesaron de tener “la impresión, la sensación o la seguridad de que esos representantes [...] [tenían] *algo que ver* con [ellos]” (Rinesi y Vommaro, 2007, p. 425) [itálicas en el original]. De modo que, a fines de 2001 y luego de la renuncia del presidente aliancista Fernando De la Rúa, los propios actores políticos –que también habían cuestionado la mediación político-institucional y habían contribuido así a horadar la legitimidad de la política misma, en tanto conjunto de actores, discursos, prácticas e instituciones en el que se disputa por constituir lo común de la comunidad– se encontraban ahora frente al desafío de reedificar la legitimidad jaqueada. Desde esta óptica, tramitar la crisis implicaba –en gran medida– (re)construir y (re)articular nuevos sentidos en torno a lo común de la comunidad, para dar forma a un horizonte de expectativas que alcanzara cierto grado representatividad en la ciudadanía (entendiendo a la representación no como una relación especular o de reflejo entre representantes y representados/as, sino como el vínculo de co-constitución entre ambos).

Nos interesa indagar en el rol que jugaron las emociones en ese proceso de desarticulación/rearticulación de sentidos y, por ello, nos preguntamos: ¿cómo fueron movilizadas, inscriptas, significadas las

emociones en y por los discursos políticos en la coyuntura de la crisis de 2001 en Argentina? Este interrogante remite a una indagación de más amplio espectro, que excede los límites de este trabajo y que pone en el centro de la escena el vínculo entre emociones, discursos políticos y crisis: ¿es posible dar cuenta del papel que juegan las emociones en los procesos de tramitación de las crisis en los discursos políticos? Intentaremos proveer algunos elementos para responder estas preguntas, a partir del análisis de los discursos de los presidentes provisionales en la coyuntura crítica de fines de 2001 en nuestro país. Para ello partimos de una hipótesis de investigación, según la cual la proyección de ciertas emociones y su articulación con determinados modos de inscripción en la tradición identitaria peronista –a través de la evocación de memorias discursivas (Courtine, 1981)– en los discursos de Adolfo Rodríguez Saá y Eduardo Duhalde constituyeron dos componentes clave de la primera etapa del proceso de reconstrucción de un horizonte de expectativas común en la Argentina de fines de 2001 y principios de 2002.

Este trabajo se enmarca en una investigación que abarca un periodo más extenso de tiempo (1999-2003), en la que se han considerado otras dimensiones de los discursos políticos que disputaron por construir ciertos sentidos en torno de la crisis del 2001. Allí, al tiempo que se analizó un *corpus* asociado a un abanico más amplio de enunciadores políticos, se indagaron los aspectos *ethicos* (las imágenes de sí proyectadas en los discursos) y tópico-argumentativos en los que se gestó el proceso de desarticulación del consenso fiscalista y de articulación de uno mercadointernista (Cané Pastorutti, 2020). Este mismo abordaje bidimensional fue puesto en juego en el análisis de los discursos de los presidentes que se sucedieron al frente del poder ejecutivo luego de la renuncia de De la Rúa –el 20 de diciembre de 2001– para dar cuenta, entre otros aspectos, de la brevedad de la gestión de Adolfo Rodríguez Saá frente a la relativa legitimidad de ejercicio que logró construir Eduardo Duhalde para su gobierno (Cané Pastorutti, 2021). En cierto modo y simplificando la propuesta, si en aquella ocasión buscamos dar cuenta de las dimensiones del *ethos* y

del *logos* –en su sentido clásico–, aquí abordaremos la tercera prueba retórica, esto es, el *pathos*. Nos interesa rastrear y comparar las formas de inscripción de las emociones y los modos de evocación de la memoria peronista en los discursos de investidura de Rodríguez Saá y Duhalde, para dar cuenta del rol que estas dimensiones jugaron en sus disímiles vías de tramitación de la crisis.

Los sentidos de lo sentido

En primer lugar y en íntima relación con las afirmaciones precedentes, es pertinente realizar algunas precisiones respecto a la tríada compuesta por *ethos*, *logos* y *pathos*. Recurrir a esta distinción de la retórica aristotélica no debe hacernos perder de vista que su carácter es analítico; aquellas tres pruebas retóricas suelen estar mutuamente imbricadas, de modo que su estudio conjunto resulta más enriquecedor para la comprensión de las características de un *corpus* discursivo. Pero, sobre todo, porque su consideración en forma segmentada –separación que, por otra parte, el mismo Aristóteles rechazaba (Amossy, 2000)– puede conducirnos a conclusiones imprecisas. Por caso, distinguir analíticamente el componente lógico –aquel dedicado a “informar (contar, narrar) y argumentar” (Plantín, 2014, p. 33)– del *pathémico* no tiene por qué hacernos concluir que, al “toma[r] la vía intelectual hacia la persuasión” (2014, p. 33) un discurso se erige como estricta y puramente racional, “objetivo”, ajeno de lo afectivo; en este sentido, puede resultar más conveniente analizarlas como dimensiones en convivencia, por lo que una forma de abordaje posible implicaría dar cuenta de cómo conviven y qué vínculos establecen entre sí. Asimismo, un abordaje que se inscriba en la Teoría de la Argumentación en el Discurso (Amossy, 2000; 2018) y se nutra de las premisas que soportan las nociones de dialogismo (Bajtín, 1979) y de interdiscurso (Amossy, 2000) no puede sino partir de la heterogeneidad constitutiva de los discursos. Estos están habitados por discursos-otros, previos y contemporáneos, propios y ajenos, que

conforman el interdiscurso en el que la palabra “propia” se vuelve posible, de modo que la heterogeneidad, la presencia de la alteridad en el hilo del discurso, es constitutiva del mismo (Authier-Revuz, 1984) y, por ello, no “controlable” racional o conscientemente. En resumen, *ethos*, *pathos* y *logos* son dimensiones analíticas, mutuamente imbricadas y atravesadas y constituidas por la heterogeneidad de la palabra ajena y lo inconsciente.

Teniendo esta afirmación de la heterogeneidad constitutiva del discurso como premisa, resulta evidente que cuando referimos a “los modos de inscripción de las emociones en el discurso” no aludimos ni a un proceso de manipulación ni a una incorporación necesariamente consciente de tales o cuales emociones en el hilo del discurso. Desde esta perspectiva de análisis –en la cual la palabra propia, como dijimos, está siempre-ya habitada por lo otro–, no resulta posible analizar lo afectivo como una dimensión absolutamente manipulable con el objeto de orientar al auditorio en uno u otro sentido, porque la palabra tampoco es ella fruto de la mera volición del enunciador. Así, la Teoría de la Argumentación en el Discurso “pretende dar cuenta *al mismo tiempo* de las determinaciones y las elecciones discursivas que el sujeto realiza en su enunciación” (Montero, 2018, p. 20).

De este modo, lo emotivo se inscribe en el discurso de diferentes modos, y no únicamente en asociación a lo *pathemico*. En la retórica clásica tradicionalmente se ha atribuido la función de la persuasión a las pruebas del *ethos* (que hace confiable al locutor) y al *pathos* (que suscita emociones en el auditorio), quedando el convencimiento –por medio de argumentos y series de razonamientos– vinculado al *logos*. Sin embargo y como sostiene Arnoux (2019),¹ convencer y persuadir forman parte de un mismo proceso y son inescindibles. Razones y

¹ Al respecto, Arnoux afirma que “la presentación de sí o el cuadro de una situación pueden estar asociados habitualmente a la generación de determinado tipo de emociones en un espacio sociocultural” (Arnoux, 2019, p. 85). Este segundo ejemplo es, como veremos más adelante, especialmente relevante para nuestro caso de estudio. Como se observará en el fragmento N°3, la presentación de los hechos del 19 y 20 de diciembre de 2001 como jornadas históricas de lucha popular, y de los asesinados en el marco de la represión por parte de las fuerzas de seguridad como mártires, fueron

afectos se entrelazan porque “las emociones son inseparables de una interpretación que se apoya en los valores, o más precisamente en un juicio de orden moral” (Arnoux y di Stefano, 2018, p. 14). Esta observación es válida para todos los discursos y, por ello, también para los de tipo político, en los que se hace manifiesto que una política que se considere democrática “necesita tener una influencia real en los deseos y fantasías de la gente[...] que, en lugar de oponer los intereses a los sentimientos y la razón a la pasión, deberían ofrecer formas de identificación que conduzcan a prácticas democráticas” (Mouffe, 2011, p. 35). Construir un esquema metodológico que conciba a las razones y los afectos como dos facetas inescindibles del mismo proceso de producción de sentidos permite comprender mejor los modos de construcción de lo común de la comunidad en los discursos políticos, lo que permite dejar de lado prejuicios racionalistas respecto de ciertas formaciones discursivas calificadas negativamente como “emocionales” y, con ello, “irracionales”.

Finalmente, aquella referencia a los trabajos de Chantal Mouffe –quien desde la óptica del pensamiento político posfundacional ha contribuido enormemente a la reconsideración del papel de lo emotivo en la política– nos reenvía a una última cuestión relevante: el estatuto del vínculo entre pasiones, emociones y afectos. Esta distinción (que desde ciertas perspectivas es, más precisamente, una indistinción) entre conceptos se encuentra aún hoy en debate entre las pensadoras y los pensadores que abrevan en el “giro afectivo”. Por ejemplo y como señala Macón (2011), mientras Debora Gould y Brian Massumi –desde un marco teórico de raigambre deleuziana– establecen una brecha conceptual entre emociones y afectos, Sara Ahmed rechaza dicha diferenciación, sosteniendo que reintroduce una escisión entre naturaleza y cultura que “ignora el carácter sobre-determinado de los procesos corporales” (López González de Orduña,

hitos en el discurso de asunción de Rodríguez Saá que trazaban un “cuadro de situación” del pasado inmediato, que promovía tanto la indignación y como el dolor.

2014, p. 12).² No obstante estas divergencias, las y los representantes del “giro afectivo” comparten un cierto rechazo al concepto de pasiones, al cual consideran insuficiente por las reminiscencias de pasividad que trae aparejadas.

En cuanto al análisis del discurso, mientras Arnoux equipara (o al menos no establece límites tajantes entre) “sentimientos, afectos, emociones, pasiones” (Arnoux, 2019, p. 84), Plantin (1998) y Plantin y Gutiérrez (2010) prefieren estudiar el fenómeno a partir de la noción de emociones. Y esto, sobre la base de lo que consideran una razón de orden práctico: el término “emoción” “permite tener acceso a una familia de derivados fácilmente explotables [como] emotivo, emocional, conmovido, emocionar, emocionante” (2010, p. 43). Sin intenciones de saldar un debate que tiene múltiples aristas, y retomando parcialmente los argumentos de Ahmed, Plantin y Gutiérrez, en este trabajo tomaremos “afectos” y “emociones” como conceptos intercambiables.

Abocaremos, entonces, las próximas líneas a rastrear, en un *corpus* conformado por dos discursos de investidura, aquellos rasgos discursivos –ciertos elementos lexicales, formatos y géneros discursivos, componentes de la memoria discursiva evocados y aspectos de la situación enunciativa (que exceden a lo estrictamente lingüístico y son constitutivos del orden del discurso)– de los cuales, como sostiene Arnoux (2019), pueden inferirse emociones. Articularemos esta indagación, por un lado, con las conclusiones vinculadas a las dimensiones *ethica* y argumentativa a las que se arribó en trabajos previos (Cané Pastorutti, 2021) y, por el otro, con los procesos de reformulación de la identidad política peronista en cuyo linaje los discursos analizados se inscribieron. Para ello, entenderemos por identidad política aquel “conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso

² En este prólogo a la edición en castellano del libro de Ahmed, Helena López González de Orduña retoma el análisis de Clare Hemmings, quien rechaza (contra los postulados de Brian Massumi) “la fascinación contemporánea con el afecto en tanto exterior al sentido social” (Hemmings, 2005, p. 565).

de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades nominación, orientaciones gregarias para la acción en relación a la definición de asuntos públicos” (Aboy Carlés, 2001, p. 54). Este concepto, desde su formulación inicial, implica la movilidad de los contornos identitarios, es decir, incluye en su propia definición la posibilidad de mutación y transformación, y no el trazado de límites fijados de una vez y en forma definitiva. Así entendida, la noción de identidad no remite a una condición estática y permite dar cuenta de la tensión, de la disputa a la que están sujetos sus propios límites. Esto resulta particularmente relevante para un periodo como el que aquí revisamos, en el que la mutación de los sentidos impactó también en la configuración de las identidades de la escena política argentina, aunque aquí nos centraremos específicamente en la forma que adoptó en la identidad peronista. Sin embargo, y dado que la estabilización de sentidos –aunque precaria y constitutivamente inestable– respecto de la interioridad, la exterioridad y la tradición es un proceso de mediano/largo alcance, en este texto solo podremos intentar capturar un fragmento del proceso de mutación; la perspectiva de trabajo en esta línea de indagación exige, por tanto, el abordaje de un periodo y un *corpus* más extenso. Finalmente, aquella dimensión asociada al linaje de la propia identidad será abordada a partir de la noción de memoria discursiva, entendida como aquel “efecto de memoria en la actualidad de un acontecimiento” (Courtine, 1981, p. 52) que se produce en y por la (re)articulación y la puesta en movimiento en una nueva red de aquellas formulaciones previas, ya enunciadas, que constituyen, así, el interdiscurso de un discurso dado. Prestaremos especial atención a su forma representada, es decir, a aquella que “remite al plano del relato, de lo narrado, de lo enunciado, y al modo en que el pasado reciente es tematizado, puesto en discurso y representado” (Montero, 2012, p. 63).

Crisis y exaltación, crisis y moderación. Discursos políticos en tiempos turbulentos

En este apartado se analizan comparativamente las dimensiones emotiva e identitaria de los discursos de investidura con los que Adolfo Rodríguez Saá y Eduardo Duhalde asumieron la presidencia en forma provisional –el 23 de diciembre de 2001 y 1ro de enero de 2002, respectivamente– de acuerdo a lo estipulado por la Ley de Acefalía y luego de la renuncia del Fernando De la Rúa, en el marco de la explosión de la protesta social de las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001. Estos dirigentes del Partido Justicialista (el primero era gobernador de la provincia de San Luis y el segundo había sido electo senador por Buenos Aires tres meses antes) asumieron la presidencia del país en condiciones de gran inestabilidad –porque amplios sectores de la ciudadanía atravesaban un proceso de movilización inédito en el país que cuestionaba, entre otras cosas, su propia representatividad– y, a la vez, con una acotada legitimidad de origen –porque no habían sido ungidos por el voto popular, sino por sus pares reunidos en Asamblea Legislativa. Estas condiciones supusieron para ellos el desafío de intentar construir algún grado de legitimidad de ejercicio que les permitiera, en poco tiempo y con recursos económicos limitados (dado el pobrísimo desempeño de los indicadores socioeconómicos), erigirse como líderes políticos con el poder suficiente para conjurar una de las peores crisis de la historia argentina. Los resultados de cada uno fueron disímiles y mientras el primero retuvo el cargo por apenas una semana, el segundo lo hizo, aunque adelantando las elecciones generales inicialmente previstas para fines de 2003, por aproximadamente un año y medio.

En primer lugar y en relación al *corpus* de análisis, es preciso tener en cuenta que los discursos de investidura son piezas oratorias con gran capacidad performativa, en tanto tienen la particularidad de constituir ritos de pasaje por los que un/a ciudadano/a deviene jefe/a de Estado (Álvarez y Chumaceiro, 2009). El carácter performativo de

este tipo de discursos deriva su legitimidad, en democracia, del voto popular. De modo que el/la ciudadano/a que protagoniza la escena configurada por ese rito lo hace porque ya la ciudadanía había tenido previamente la oportunidad de estar en contacto con sus propuestas en la campaña electoral, conocía su plataforma de gobierno y, de algún modo, sabía qué esperar de su gobierno. Y si bien ese contacto no garantiza en modo alguno que las promesas se cumplan, sí opera como un horizonte de expectativas. En el caso que estudiamos, una proyección de este tipo estaba ausente porque Rodríguez Saá y Duhalde asumieron como presidentes sin haber sido previamente candidatos al cargo. Más allá de sus extensas trayectorias políticas, la ciudadanía no conocía sus planes para gobernar el país desde la cúspide del poder ejecutivo nacional, por lo que sus discursos de investidura fueron más que “una ocasión idónea para la búsqueda de la armonía, de la concertación y de los planes conjuntos [porque] pasada la contienda electoral, la oportunidad parece llamar a la unidad” (2009, p.17). Sus investiduras presidenciales fueron su carta de presentación, la exposición de sus planes de gobierno, la formulación pública de sus diagnósticos sobre la crisis y la proyección de un cierto horizonte de expectativas al que sus gestiones tenderían, en el marco de una inscripción en y una disputa por un cierto linaje político.

Un primer acercamiento permite afirmar que la dimensión emotiva y el componente identitario se encuentran íntimamente imbricados en el *corpus* analizado. Si, por un lado, el componente identitario (las liturgias retomadas, las figuras destacadas, las referencias históricas evocadas) remitía al tiempo pasado, las emociones evocadas encontraron un anclaje más claro en el presente de la situación de la enunciación y el futuro proyectado. Nos interesa, entonces, identificar qué emociones movilizaron y rastrear qué zonas de memoria de la tradición peronista activaron, en cada caso, los discursos políticos de los dos dirigentes políticos ya referidos.

Un primer elemento que da cuenta de la presencia del componente emotivo es el interdiscurso religioso que tanto la investidura de

Rodríguez Saá como la de Duhalde compartieron. La evocación de una matriz discursiva religiosa ponía en primer plano la preocupación por la unidad comunitaria, aunque en cada caso sobre la base distintas emociones subyacentes.

(1) Creo en la grandeza de nuestros próceres, creo en nuestra bandera histórica, creo en los mártires de la Argentina, creo en el 17 de octubre del pueblo que dio a Perón la oportunidad de dignificar a los argentinos, creo en la Resistencia peronista, creo en la lucha de las Madres de Plaza de Mayo, creo que nuestros trabajadores y nuestros productores devolverán con su esfuerzo la grandeza a la Argentina, creo en la libertad y en la justicia, creo en el principio de racionalidad, creo firmemente en la legalidad, creo que es posible una Argentina sin pobres, sin desocupados, sin hambre y sin miseria, creo en la justicia social. (Rodríguez Saá, 2013 [asunción 23 de diciembre de 2001])

(2) Por mi parte, le pido ayuda a Dios para asumir ante mi pueblo un solemne compromiso que desearía fuera tomado como una auténtica palabra de honor. Quiero energía para acometer esta tarea; coraje para no temer a lo nuevo, para no tener que enfrentar gravísimas contingencias; severidad para juzgarme a mí mismo; perseverancia para no abandonar la lucha y firmeza para jamás traicionar los principios. (Duhalde, 2002 [asunción 1ro de enero de 2002])

Del mismo modo en que “la emotividad puede despertarse recurriendo a segmentos literarios o canciones populares que ya están asociadas a un tipo de emoción” (Arnoux, 2019, p.85), la presencia de dos formatos discursivos como el del Credo y el de la plegaria puede asociarse, en cada caso, a diferentes emociones. En el primero, el Credo (frag.1)³ es exhibido como una declaración de fe y una exposición de valentía que, por asociación con figuras heroicas (“la grandeza de nuestros próceres”, “nuestra bandera”, “los mártires de la Argentina”), exponía las más profundas convicciones (como efecto de la repetición de la fórmula inicial “creo en...” reivindicadas como

³ Esta referencia ya había sido señalada por Arnoux (2004).

guía para la acción del locutor. Fe, valentía y convicciones eran afirmadas y ensalzadas bajo el formato del género epidíctico elogioso y, así, el locutor dejaba entrever que esas eran las características que, según él, el momento crítico del país ameritaba (lo cual se plasmaría también, durante su breve gestión, en la construcción de una imagen de presidente “hiperactivo” y refundacional). En el caso del discurso de Duhalde, por el contrario, el formato de la plegaria (frag.2) nos remite a la oración conocida como “Plegaria de la serenidad”,⁴ lejos del estilo elogioso y reivindicativo, allí se evocan afectos asociados a la humildad, la templanza y la comprensión.

En el caso de Rodríguez Saá, la exaltación de las propias convicciones aparecía reforzada en el nivel lexical por la presencia de diversos enunciados, términos y metáforas de emoción.

(3) Pero también *quiero dejar en claro* que estoy de acuerdo con quienes supieron mostrar el rostro de lo mejor de la Argentina, la expresión popular que luchó por sus derechos. *Dejo en claro* que repudio los saqueos y desmanes, como también las violaciones de los derechos individuales. En esa jornada vimos algo que no pudimos nunca imaginar los hombres y mujeres que integramos esta democracia que tanto dolor y sangre nos costó a los argentinos antes de 1983. Nada más ni nada menos que el símbolo de la lucha por su recuperación. Me refiero a las Madres de Plaza de Mayo, reprimidas inexplicablemente por las fuerzas de la democracia. No puedo dejar de rendirles homenaje a los muertos en esas jornadas. Sangre innecesariamente derramada. Señores legisladores: ¿qué necesidad había de estas muertes, del *dolor* de estas familias que perdieron a sus seres queridos por nuestra *desidia*, nuestra *ceguera* y tal vez hasta por nuestra *irresponsabilidad*? (Rodríguez Saá, 2013)

El coraje y la valentía que el locutor transmite (y es por esto el *ethos* y el *pathos* confluyen en el estudio del discurso emocionado)

⁴ “Señor, concédeme serenidad para aceptar todo aquello que no puedo cambiar, valor para cambiar lo que soy capaz de cambiar y sabiduría para entender las diferencias”. Aunque existen las más variadas hipótesis al respecto, el origen preciso de esta oración se desconoce.

se plasman en expresiones reafirmativas: “*quiero dejar en claro* que estoy de acuerdo”, “*dejo en claro* que repudio saqueos y desmanes”, “lo que *me animo a calificar* como uno de los grandes movimientos populares de nuestra historia”. Estos pasajes, además, contribuyen a dar forma al panegírico de los fallecidos en las jornadas del 19 y 20 diciembre como resultado de la represión de las fuerzas de seguridad en el punto más álgido de la protesta social. En el fragmento citado, este tipo de discurso –que forma parte del género epidíctico– se enlaza con la interpelación directa a una parte del auditorio (“Señores legisladores:”) a quienes se busca conmover y hacer reflexionar, invocando términos de emoción (Plantin y Gutiérrez, 2010) como “dolor” y “desidia” y amplificándolos por la repetición (“*nuestra* desidia, *nuestra* ceguera y tal vez hasta por *nuestra* irresponsabilidad”) que dan cuenta de la indignación que generan en el locutor aquellas muertes. Finalmente, y contribuyendo a este cuadro de emociones exaltadas y amplificadas, sobresalen metáforas de emoción (Kövecses, 2000) que asocian la valentía en torno a los dos temas centrales del discurso: el ya referido recuerdo de los muertos en del 19 y 20 (“No puedo dejar de rendirles homenaje a los muertos en esas jornadas. *Sangre innecesariamente derramada*”) y la deuda externa (“Vamos a tomar el toro por las astas”). Sobre este punto, cabe recordar que en este discurso Rodríguez Saá anunció el *default* de la deuda externa argentina, una de las medidas por las cuales su brevísima gestión sería largamente recordada. Para enfatizar el peso que adquiriría esta cuestión (y siguiendo el hilo de emociones exaltadas que hemos indicado), el locutor introdujo el tema por medio de un verbo realizativo: “En primer lugar, *anuncio* que el Estado argentino suspenderá el pago de la deuda externa”.

La evocación de las jornadas de movilización popular, pero también de violencia estatal, del 19 y 20 contribuyó a configurar este panorama de emociones exaltadas y de exaltación de las emociones. Y en ese mismo sentido opera la segunda referencia a un suceso histórico: “el 17 de octubre del pueblo que dio a Perón la oportunidad de dignificar a los argentinos” (frag.1). Este pasaje, junto al cierre

del párrafo (“creo en la justicia social”) y a un aspecto extralingüístico, como fue la entonación de la marcha peronista por parte de los presentes en la Asamblea Legislativa en aquella jornada, son los tres elementos centrales para indagar en el componente identitario aquí presente. La peronista es, sin lugar a duda, la identidad política constitutiva de este discurso. Pero llama la atención (en contraste con el discurso de Duhalde) que una de las principales evocaciones del pasado sea la de la memoria del 17 de octubre: una escena que, como el del 19 y 20, tuvo como protagonista a amplios sectores de la sociedad movilizados en las calles de la ciudad y de la provincia de Buenos Aires. En ambas instancias, aquellos confluieron en la Plaza de Mayo para exponer sus demandas públicamente y, aunque los resultados fueron disímiles, evocan una memoria de emociones fuertes: entusiasmo, fervor, vehemencia por la acción colectiva.

Lejos de la exaltación de las emociones, el discurso de Duhalde –en línea con lo que señalamos respecto al interdiscurso de la plegaria de la serenidad– tiende a movilizar a su auditorio en línea con el apaciguamiento, la calma y la templanza. Siguiendo el hilo de lo señalado anteriormente, en el discurso del dirigente bonaerense, este modo de presentar las emociones parece delinear una cierta lectura del tipo de liderazgo que el locutor consideraba que exigían las horas que atravesaba el país.

(4) Participar de ese abierto proceso de diálogo, es afirmar que queremos mirar de frente a cada argentina y cada argentino y decirles que *conocemos sus angustias y desesperanzas* y que estamos *dispuestos a salvar solidariamente* la Nación recuperando la dignidad de cada miembro de la comunidad. (Duhalde, 2002)

(5) No es momento, creo, de echar culpas. Es momento de decir la verdad. La Argentina está quebrada. La Argentina está fundida. Este modelo en su agonía arrasó con todo. (Duhalde, 2002)

(6) Honorable Asamblea: *venimos con toda la fe, con toda la confianza, con todo el amor de que somos capaces a poner de pie y en paz a la Argentina*. Los pueblos toleran cualquier circunstancia adversa. ¡Y

vaya si lo toleran! Lo que ningún pueblo tolera es el caos, la anarquía. Y quiero decirles que el caos y la anarquía que vivimos, no se resuelve con balas ni con bayonetas, se resuelve ocupándonos *seria y responsablemente* de los problemas que afligen a millones y millones de excluidos en la República Argentina. [...] Y decir que *venimos con todo el amor*, como antes manifestaba, a poner de pie a nuestro país. (Duhalde, 2002)

(7) A mis compatriotas, les pido que cada uno desde su lugar, participe y se entregue con pasión y fe en la recuperación de *esta Argentina que todos amamos*. (Duhalde, 2002)

El amor es una emoción que habita todo el discurso analizado y puede encontrarse en diversos enunciados de emoción que el locutor comparte, alternativamente, con un *nosotros* que remite a él y a los miembros de su gobierno (“venimos [...] con todo el amor”, frag.6) y también con la ciudadanía toda (“esta Argentina que todos amamos”, frag.7). Pero aparece como un amor calmo, que se vive “seria y responsablemente”, por contraposición al “caos” y la “anarquía”, que aparecen ya asociados a las jornadas pasadas del 19 y 20, ya a una amenaza presente (derivada de esos procesos de movilización popular que aún continuaban latentes). La comprensión, que ya estaba presente en el interdiscurso de la plegaria citada, también nutre a este discurso amoroso que, además de “venir con amor”, *entiende* a sus compatriotas: “queremos mirar de frente a cada argentina y cada argentino y decirles que *conocemos sus angustias y desesperanzas*”.

La moderación, la templanza y la serenidad, como las emociones predominantes en el discurso de investidura de Duhalde, se articulan con una evocación de memoria peronista que no remite a eventos históricos convulsos y enfervorizados, sino a las tres banderas del peronismo (justicia social, independencia económica, soberanía política) y a las figuras de Juan Domingo y Eva Perón. Estos tres elementos, que evocan al carácter movimientista y transversal del peronismo, cuentan con la capacidad de proyectarse más allá de los límites identitarios, y es por eso mismo que aparecen articulados a

“las fuerzas políticas de origen popular” que los han ido asumiendo a lo largo de la historia.

(8) Honorable Asamblea; queridos compatriotas: pertenezco a un movimiento político que a través del presidente Juan Domingo Perón y de Eva Perón fundaron la justicia social en la Argentina y levantaron las banderas de independencia económica y soberanía política. Banderas que, con el tiempo, fueron asumidas por todas las fuerzas políticas de origen popular. Esas banderas han sido arriadas y tenemos hoy que preguntarnos y preguntarles a los argentinos, si verdaderamente queremos vivir en un país soberano e independiente. (Duhalde, 2002)

Un último aspecto de la situación de enunciación del discurso de investidura de Duhalde completaba este escenario: una vez finalizado el acto de asunción y la Asamblea Legislativa, los presentes entonaron el Himno Nacional argentino.⁵ En lugar de la marcha peronista –cántico político-partisano argentino por excelencia y, por tanto, representativo solo para una parte de la sociedad argentina–, la ceremonia de investidura del ahora presidente Duhalde concluyó con la entonación de una canción que evocaba a la patria y a la unidad nacional, por encima de las diferencias y particularidades. La pertenencia político-partidaria no era ocluida, pero sí colocada en un segundo plano de un modo, creemos, mucho más contundente que en el discurso de Rodríguez Saá.

Observaciones finales

Al comienzo de estas líneas nos propusimos indagar en las formas de inscripción de las emociones y en los modos de reformulación de la identidad peronista en los discursos de investidura de Rodríguez

⁵ En este punto, la distancia que Duhalde trazaba respecto de su antecesor fue explícita: “No es momento de cánticos ni de marchas partidarias. Es la hora del Himno Nacional” (Duhalde, 2002).

Saá y Duhalde como presidentes provisionales. Nos interesaba, con ello, hacernos de elementos analíticos para extraer algunas observaciones respecto al rol que estas dos dimensiones íntimamente imbricadas jugaron en las vías de tramitación de la crisis que cada uno de aquellos dirigentes trazó.

Por un lado, en la investidura de Rodríguez Saá encontramos léxicos, moldes genéricos, formas discursivas y figuras e hitos de la identidad peronista que modelaron un discurso de emociones exaltadas. Los enunciados, términos y metáforas de emoción que identificamos en el discurso de asunción del dirigente puntano evocaban afectos fuertes como el coraje, la valentía, la bravura, los cuales, a su vez, eran modalizados por preguntas retóricas, repeticiones e interpe-laciones directas que exaltaban y amplificaban su alcance. De este modo, registramos en su discurso una dinámica de exaltación de las emociones, reforzada por una evocación de componentes de la memoria peronista que, como las jornadas del 17 de octubre, remitían a instancias de fervor y entusiasmo colectivo. En este sentido, y con un locutor identificado en su rol de dirigente partidario, el foco estuvo puesto en el peronismo como sector político representativo de una porción, más que en la comunidad toda. La clausura del acto signada por la entonación de la marcha peronista selló, así, el punto máximo de este escenario de emociones exaltadas.

Por su parte, y aun habiendo él también llegado a la presidencia provisional en su condición de dirigente del PJ (siendo que el resto de las fuerzas no estaban en condiciones de articular las voluntades necesarias para con su voto elegir a un/a presidente/a de entre senadores/as, diputados/as y gobernadores/as habilitados/as), Duhalde tendió a dejar su condición político-partidaria en un segundo plano. Aun evocando las figuras de Perón y de Evita, el protagonismo otorgado en el proceso por venir al colectivo más amplio conformado por “las fuerzas políticas de origen popular” daba cuenta de un espíritu de transversalidad y amplitud que, aunque caro a la tradición movimientista del peronismo, parecía ausente en el discurso de su predecesor. A diferencia de la de este, la investidura del dirigente

bonaerense se estructuró en torno a léxicos y aspectos genéricos que modalizaban las emociones evocadas (amor, comprensión, seriedad, responsabilidad) en términos de moderación⁶ y apaciguamiento.

Las emociones y su modo de inscripción en los discursos analizados confluyeron, alimentaron y co-constituyeron las imágenes de sí proyectadas por los dos dirigentes en sus respectivas investiduras presidenciales. Mientras Rodríguez Saá, en concordancia con su *ethos* refundacional e hiperactivo (Cané Pastorutti, 2021), inauguró su gestión con una escena de exaltación de las emociones, Duhalde proyectó una figura de pastor-docente, que tendía lazos entre él y un rebaño-comunidad (y hacia el interior de ésta) ordenado a través de emociones sosegadas, templadas. Mientras el primero, más que aplacar el clima de movilización que vivía el país, parecía atizarlo, el segundo trazaba un horizonte comunitario de comunión y calma. El *ethos* refundacional y los discursos de exaltación de las emociones de Rodríguez Saá impactaron especialmente en sus pares políticos, quienes con su voto en la Asamblea lo habían consagrado provisionalmente y, ahora, veían en él a un presidente que se proyectaba más allá del lapso definido de noventa días y que amenazaba el pacto que lo había llevado al cargo. Estas condiciones jugaron un papel determinante en la pérdida de apoyo político que afectó a Rodríguez Saá a una semana de asumir, en una coyuntura de descontento ciudadano alimentado por el nombramiento de figuras controvertidas asociadas a causas de corrupción (como Carlos Grosso y José María Vernet) y por el aval otorgado por la Corte Suprema de Justicia al “corralito”. Contrariamente, el *ethos* pastoral-docente (Cané Pastorutti, 2021) junto a la modalización de emociones moderadas, sosegadas, hicieron de Duhalde un presidente provisional consensualista y preocupado por la comunión de una sociedad que diagnosticaba “al borde

⁶ Esto revela que un análisis interesado en indagar en la dimensión emotiva o afectiva de un *corpus* discursivo debe dar cuenta no sólo de las emociones evocadas (*e.g.* amor), sino también del modo de aparición de esas emociones, de su inscripción en el discurso y, por tanto, de los otros elementos con los que se articulan (*e.g.* amor efervescente/amor sosegado).

de la desintegración, al borde del caos” (Duhalde, 2002). A este contraste contribuyeron, por un lado, el énfasis del dirigente puntano en su rol de representante partidario peronista y, por el otro, el foco duhaldista en la transversalidad del movimiento y el llamado a fuerzas políticas ajenas al PJ. La construcción por parte de Duhalde de un liderazgo moderado, amplio y preocupado por la unión de su “rebaño” favorecieron su sostenimiento al frente del ejecutivo por un periodo bastante más extenso de tiempo que el que logró Rodríguez Saá, y le imprimieron el sello característico a su modo de tramitar la crisis vigente.

La pregunta que surge llegado este punto de la indagación y excediendo las fronteras de este trabajo tiene dos aristas: por un lado, resulta perentorio analizar exhaustivamente los modos de reformulación de la identidad peronista a lo largo de presidencia provisional de Duhalde (y teniendo en cuenta los estudios que identificaron, en la etapa posterior, el surgimiento de la nueva identidad kirchnerista); por el otro, y en vínculo ello, cabe interrogarse por la condición ordenancista que se le ha adjudicado al gobierno duhaldista. Se ha tendido a definir a su gobierno como uno que se configuró en torno a una cierta demanda de orden (“paz y administración”, Rinesi y Vommaro, 2007, p. 258) que tomó forma y cobró peso en la ciudadanía durante el 2002. Pero partiendo de un enfoque que entienda al lazo representativo como una relación de co-constitución (no de mero reflejo del representado en el representante, pero tampoco de pura estructuración “de arriba hacia abajo”), nos preguntamos si a partir de este análisis no pueden extraerse elementos que permitan afirmar que esa demanda lejos estuvo de crecer “espontáneamente” en la ciudadanía, sino que los discursos políticos del gobierno de Duhalde tuvieron un rol activo en su estructuración. Esto implicaría dejar de interpretar el perfil ordenancista de Duhalde como un simple efecto reactivo ante una cierta demanda ciudadana, para entender el rol que jugó su gobierno en la construcción de un horizonte en que esas demandas se volvieron posibles (y, en este sentido, es que entendemos que su discurso de asunción-carta de presentación ante

la ciudadanía contribuyó al movilizar emociones moderadas, en articulación con la proyección de un *ethos* pastoral).

Bibliografía

Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina: La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.

Álvarez, A. y Chumaceiro, I. (2009). El discurso de investidura en la re-reelección de Uribe y de Chávez. *Forma y Función*, 22(2), 13-42.

Amossy, R. (2000). *L'argumentation dans le discours*. París: Nathan.

Amossy, R. (2018). *La presentación de sí. Ethos e identidad verbal*. Buenos Aires: Prometeo.

Arnoux, E. N. de (2004). El discurso peronista frente a la crisis institucional de 2001. En *Lenguas, Literaturas y Sociedad en la Argentina. Diálogos sobre la investigación en Argentina, Uruguay y países germanófonos* (pp. 249-264). Viena: Praesens.

Arnoux, E. N. de (2019). *Crisis política en la Argentina. Memoria discursiva y componente emocional en el debate sobre la Reforma Previsional*. México: Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados en Humanidades y Ciencias Sociales. http://calas.lat/sites/default/files/arnoux.crisis_politica.pdf

Arnoux, E. N. de y Di Stefano, M. (2018). Introducción. La dimensión emocional en los discursos. En E. N. de Arnoux y M. di

Stefano (eds.), *Identidades discursivas. Enfoques retórico-argumentativos* (pp. 11-38). Buenos Aires: Cabiria.

Authier-Revuz, J. (1984). Hétérogénéité(s) énonciative(s). *Langages*, 19(73), 98-111.

Bajtín, M. (1979). *Estética de la creación verbal*. Madrid: Siglo XXI.

Butler, J. (1997). *Mecanismos psíquicos del poder*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Butler, J. (2010). *Cuerpos que importan*. Buenos Aires: Paidós.

Butler, J. (2018). *El género en disputa*. Buenos Aires: Paidós.

Cané Pastorutti, M. (2020). *La construcción de "la crisis 2001" como objeto de los discursos políticos (Argentina, 1999-2003)*. [Tesis de doctorado en Ciencias Sociales]. Universidad de Buenos Aires.

Cané Pastorutti, M. (2021). Cinco presidentes: ¿una sola crisis? Articulaciones tópicas y ethos en los discursos presidenciales de fines de 2001 en Argentina. *Temas y Debates*, (41), 59-85.

Courtine, J. (1981). Quelques problèmes théoriques et méthodologiques en analyse du discours, a propos du discours communiste adressé aux chrétiens. *Langages*, (62), 9-128. <https://doi.org/10.3406/lgge.1981.1873>

Duhalde, E. (2002). *Palabras del presidente de la Nación, Doctor Eduardo Duhalde, ante la Asamblea Legislativa, 1° de enero de 2002*. www.presidenciauhalde.com.ar (actualmente inactiva; consultado: 30 de julio 2017).

Hemmings, C. (2005). Invoking Affect. *Cultural Studies*, 19(5), 548-567. <https://doi.org/10.1080/09502380500365473>

Laclau, E. y Mouffe, C. (2010). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

López González de Orduña, H. (2014). Prólogo. En S. Ahmed, *La política cultural de las emociones* (pp. 9-18). México D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

Macón, C. (2013). *Sentimus ergo sumus*. El surgimiento del “giro afectivo” y su impacto sobre la filosofía política. *Revista Latinoamericana de Filosofía Política*, 2(6), 1-32.

Montero, A. S. (2012). *¡Y al final un día volvimos! Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007)*. Buenos Aires: Prometeo.

Montero, A. S. (2018). Prologo. El *ethos*, del discurso a la política. En R. Amossy, *La presentación de sí. Ethos e identidad verbal* (pp. 9-23). Buenos Aires: Prometeo.

Pérez, G. (2008). Lazo social, 2001 y después. *Cuadernos de Investigación de A.D.U.M.* (Vol. 5).

Pérez, G. (2013). 19 y 20 D (2001). Quilombo y política. *Revista Observatorio Latinoamericano (IEALC)*. Dossier “30 años de democracia”, (12), 50-64.

Plantin, C. (1998). Les raisons des émotions. En M. Bondi, *Forms of argumentative discourse / Per un'analisi linguistica dell'argomentare* (pp. 3-50). Bologna: CLUEB.

Plantin, C. (2014). *Las buenas razones de las emociones*. Moreno: Universidad Nacional de Moreno.

Plantin, C. y Gutiérrez, S. (2010). Argumentar por medio de las emociones: La “campana del miedo” del 2006. *Versión. Estudios de Comunicación y Política*, 24, 41-69.

Rinesi, E. y Vommaro, G. (2007). Notas sobre la democracia, la representación y algunos problemas conexos. En E. Rinesi, G. Nardacchione y G. Vommaro (eds.), *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente* (pp. 419-472). Buenos Aires: Prometeo-UNGS.

Rodríguez Saá, A. (2013). Juramento del presidente provisorio de la Nación, Adolfo Rodríguez Saá (23 de diciembre de 2001). En G. di Meglio y G. Álvarez, *Voces de la democracia. Los discursos que hicieron historia, 1983-2013*. Buenos Aires: Grijalbo.